

sus afectos contraigan la corrupcion de ella.»

Compuso tambien Clemente una obra titulada los *Hipotiposeos*, de la cual solo quedan algunos fragmentos. Era esta una esplicacion abreviada de toda la Escritura; y aunque el plan presentaba mucha utilidad, opina Focio que no correspondió la ejecucion. Se cree que los hereges corrompieron este libro, ó á lo menos que el autor le escribió antes de estar bien instruido en las verdades de la fé. Ademas, hay que tener en cuenta que Clemente Alejandrino hace un uso algo excesivo de la filosofia de su tiempo, á la que se habia consagrado de todo punto en su juventud, y esta aficion al platonismo la fomentó mas en la escuela de Alejandria, donde hacia ya mucho tiempo que se profesaba; siendo aquel deseo de filosofar causa de que muchos sábios, por otra parte muy recomendables, se apartasen de la simplicidad de la fé.

En tiempo de Clemente edificaban tambien á la Iglesia otros muchos grandes hombres. Fué atrozmente calumniado San Narciso, obispo de Jerusalem, aunque todos le respetaban como á un hombre que obraba prodigios, y no habia duda en que habiendo faltado el aceite á las lámparas del templo la víspera de Pascua, habia con sus oraciones convertido en aceite el agua de un pozo inmediato. Afirma Eusebio que cuando él escribia su historia se conservaba todavia de aquel aceite del mismo modo milagroso con que habia sido producido. Algunos súbditos viciosos, á quienes el Santo Pastor reprendia sus desórdenes, conspiraron contra él, acusándole de un pecado vergonzoso. Tres de estos impostores atrevidos confirmaron la calumnia con juramentos y terribles imprecaciones contra sí mismos. *Las llamas me devoren*, dijo el primero, *si no es verdad lo que afirmo*; el segundo se sujetó á la mas triste enfermedad; y el tercero, á perder la vista. El pueblo, que conocia la

virtud de su santo prelado, no dió el menor crédito á estas declaraciones; y cuanto mas juraban, concebía mayor desconfianza é indignacion contra aquellos acusadores sacrílegos. Narciso, que hacia tiempo que llevaba sobre sí el peso del ministerio episcopal y suspiraba por la soledad, se aprovechó de esta ocasion para retirarse, y pasó muchos años en el desierto, confiando á la Providencia el cuidado de volver por su honra. Vengóle efectivamente de un modo severo que estaba el Santo muy lejos de desear, porque cada uno de los perjuros experimentó la maldicion que habia fulminado contra sí mismo. Al primero se le incendió la casa, y pereció en ella con toda su familia; el segundo fué cubierto de úlceras desde los pies á la cabeza, y todo su cuerpo se deshacia reducido á pedazos; y el tercero, aterrado con el castigo de los dos, se convirtió y lloró tan amargamente y con tanta constancia su pecado que perdió la vista.

Estos ejemplares castigos no tanto sirvieron para justificar á Narciso, que no tenia necesidad de ello, como para acrecentar el dolor de su pueblo por haberle perdido. No pudieron resolverse los fieles á elegir otro obispo, hasta que á ello los obligaron los prelados inmediatos, y que despues de practicar las mas diligentes pesquisas perdieron la esperanza de hallar á su santo pastor, el cual hasta los últimos dias de su vida no se dejó ver en Jerusalem. No se habia minorado el afecto público que le tenían, y le estrecharon á que volviese al gobierno de su Iglesia, á pesar de sus muchos años y sus pocas fuerzas. No pudiendo oponer resistencia condescendió con sus deseos, con tal que se le diese por coadjutor á un obispo de Capadocia llamado Alejandro, que habia venido á visitar la Tierra Santa, y cuyas escelentes cualidades habia sabido de un modo sobrenatural. Este es el

primer ejemplo de obispo coadjutor y de la traslacion de un prelado de una á otra diócesis. Presidió San Narciso de Jerusalem con Teófilo de Cesarea el Concilio que se celebró en esta última ciudad acerca de la celebracion de la Pascua.

Habiase ya agitado esta famosa cuestion en el Pontificado de San Aniceto, y dió motivo al viage que hizo á Roma desde Éfeso el apostólico doctor San Policarpo. La Iglesia romana, con la mayor parte de las otras, conservaba el uso inmemorial de celebrar la Pascua el domingo despues del dia catorce de la luna de marzo. Las iglesias del Asia menor, por el contrario, la celebraban el mismo dia catorce de la luna aunque no cayese en domingo. No pudieron convenirse Aniceto y Policarpo el uno al otro sobre su celebracion en un mismo dia; pero no por esto se desunieron, sino que cada uno conservó en paz y concordia la costumbre de su propia iglesia. Hasta entonces solo se habia agitado esta disputa entre los católicos; pero en el pontificado de San Victor, la diversidad de dictámen sobre este punto parecia que era favorable á la heregia; pues los montanistas enseñaban que no se podia, sin error, celebrar la Pascua en otro dia que en el catorce de la luna fijamente, y que así lo ordenaba su paráclito. Blasto, presbítero de la Iglesia romana, habia levantado un cisma por esta causa, y precipitó en él á gran número de personas. El Papa, persuadido de que no debia disimular por mas tiempo, acordó emplear su autoridad, á cuyo fin congregó un Concilio en Roma; y de su órden se reunió otro, segun el testimonio del venerable Beda, ó de aquel mismo Concilio (1), del cual nos ha conservado un fragmento; y Teófilo, obispo del lugar, que no puede

ser otro que Cesarea, presidió con el santo obispo de Jerusalem, como ya hemos dicho. Arreglóse la misma disciplina en otros Concilios en la provincia del Ponto (Acaya) y en las Galias.

No se rindieron á tan respetables autoridades los obispos de Asia que tenian á su frente á Policrates de Éfeso, como lo declaró este al Papa Victor en una carta muy fuerte, en que manifiesta un espíritu resuelto á no ceder (1). Exalta sobremanera en el principio la tradicion de su iglesia, derivándola de San Policarpo, y aun de San Juan Evangelista; y despues prosigue en estos términos: «Yo, que vivo para el Señor sesenta y cinco años hace; yo, que he comunicado con los hermanos esparcidos por todo el mundo; yo, que he estudiado profundamente toda la Escritura, no me atemorizo de ninguna suerte por las amenazas que se nos hacen; porque aquellos que eran mayores que nosotros, dijeron que era preciso obedecer á Dios antes que á los hombres. Podria referir aquí los nombres de los obispos que he congregado á vuestra instancia, y ciertamente os admiraria su multitud y las aprobaciones que han dado á esta carta que os dirijo. Porque aunque conocen mi pequeñez, saben que no llevo en vano estas canas, y que siempre he conformado mi conducta á los preceptos de Jesucristo.» No pudo menos de ser mal recibida del Papa esta declaracion, y sospechando que en esta resistencia habia algo mas que la adhesion á una costumbre antigua, respondió á los asiáticos en términos muy duros, y determinó privarlos de la comunión de la Iglesia en caso que permaneciesen obstinados. No agradó á muchos obispos este rigor, aunque en el punto principal eran de la misma opinion que el Sumo Pontífice, y no penetrando el motivo de este necesario rigor,

(1) Concil. Palest. circa annum 196.

(1) Euseb. histor. lib. 5, cap. 23 y 24.

desaprobar el que emplease la última severidad contra tantas iglesias, á las cuales no se les atribuía otro crimen que su pertinacia en conservar una costumbre antigua.

Uno de los que le escribieron con mas eficacia fué el santo y sábio obispo de Leon, Ireneo; pero ante todo aceptó el decreto de Victor en una asamblea de prelados de la Galia: dando este ejemplo de obediencia para interceder con mas fuerza y para manifestar que en este negocio no tenia otro interés que el de conservar la paz y la union entre todos los príncipes de la casa del Señor. Despues de esto dice que ni él ni sus colegas podian ver sin dolor que se excomulgasen iglesias enteras por una costumbre que habian recibido de sus padres: que los Papas Aniceto, Pio, Higinio, Telesforo y Sixto, de santa memoria, no rompieron por este asunto la union con los obispos de Asia: que seria necesario agitar otras muchas disputas si se intentase reducir todos los usos y costumbres á una perfecta uniformidad; y que no solo en cuanto á la celebracion de la Pascua, sino tambien sobre la observancia de los ayunos, habia diversidad de prácticas aun en las mismas iglesias de las Galias, y que á pesar de esto el Pontifice se manifestaba satisfecho de su conducta. Es muy verosímil que el Papa Victor no llevó adelante su celo, pues murió poco despues el año 202. Sucedióle San Ceferino, y cada iglesia se mantuvo en posesion de sus antiguas costumbres.

El emperador Severo habia dejado en paz á los cristianos mientras tuvo competidores en el imperio; mas luego que se vió pacífico poseedor del trono, echó en olvido sus servicios y los buenos efectos de su obediencia. Tal vez las calumnias que se divulgaban entonces mas que nunca hicieron impresion en su ánimo naturalmente austero é inflexible. Acaso tambien su política se asustó de la multitud prodigiosa de

los fieles, ó fingió tomar partido con los que por razones particulares se interesaban en la conservacion de la idolatría. Ya habia entonces abrazado el cristianismo mas de la mitad del imperio, y se juzgaba que tenian los cristianos algunos encantos infalibles para atraer á su partido á todos los que querian; pues los sacerdotes gentiles y los filósofos, que no tenian la menor idea de las operaciones sobrenaturales de la gracia, no podian concebir cómo unas personas colmadas de todos los dones de la naturaleza y de la fortuna los inmolaban todos los dias á una Religion que al parecer solo ofrecia tormentos y desprecios, y cuyos doctores eran unos hombres sencillos y modestos, muy inferiores en la apariencia ú ostentacion á los sábios del paganismo. Mas sean cuales fueren las causas, ello es que en el año 202 de Jesucristo, y el décimo del reinado de Severo, promulgó este sus edictos contra los cristianos. Habíase ya ido encendiendo poco á poco la persecucion, y es difícil señalar la época exacta á que deben referirse los hechos particulares, como sucede en todas las demas persecuciones de la primera antigüedad.

El emperador pasó desde la Siria á Egipto despues de haber concluido la guerra con los príncipes de Oriente aliados de su competidor Niger, y al atravesar la Palestina castigó á los judíos que se habian utilizado de las últimas disensiones para sublevarse, y les prohibió con las mas terribles penas que hiciesen ningun prosélito. Estendió esta prohibicion á los cristianos, confundiéndolos afectadamente con los judíos sediciosos. Asi principió la que llamamos quinta persecucion, que fué tan general y violenta (a), que se juzgaba haber llega-

(a) Unos atribuyen su origen á Plauciano, que quedó de prefecto de Roma mientras el viage de Severo á Oriente; otros la atribuyen á no haber con-

do el tiempo fatal del Anti-Cristo. Hubo sin embargo algunas provincias donde no fué derramada la sangre de los fieles, porque su conducta era demasiado conocida para abandonarlos, como en otro tiempo, á los clamores ciegos é interesados del pueblo. Si los gentiles mas virtuosos y prudentes carecian de valor para imitarlos, á lo menos los admiraban y se compadecian de su suerte, y los grandes del siglo les concedian algunas veces su proteccion á cara descubierta.

Principió en Egipto la persecucion pública, y de allí se propagó á las demas provincias. Como se prohibia con especialidad convertirse al cristianismo, hubo gran número de mártires en Alejandría, á cuya célebre escuela acudian discipulos no solo desde Egipto y la Tebaida, sino desde los paises mas distantes. Clemente, su antiguo maestro, corria un peligro tanto mas cierto cuanto se habia adquirido mayor fama; y hubiera sido perderse sin remedio y sin fruto alguno el permanecer en Alejandría. Además de que esta constancia temeraria habria sido hasta escandalosa si en un tiempo en que los hereges querian que los fieles se entregasen á sí mismos contra las reglas ordinarias de la prudencia evangélica y contra el ejemplo de los Apóstoles, á quienes mandó Jesucristo que si los perseguian en un lugar huyesen á otro. Retiróse entonces Clemente á Capadocia, porque la celebridad de su nombre le obligaba á alejarse mucho; pero no estuvo ocioso en su retiro, pues tomó á su cargo el cuidado de una iglesia, cuyo obispo estaba aprisionado por la fé.

currido los cristianos á honrar con su presencia la entrada triunfal de Severo en Roma cuando regresaba vencedor de Elodio Albino. Como quiera que sea, Tertuliano dice que en esta persecucion fueron cruelmente perseguidos en España los cristianos, especialmente en Leon. (N. del E.)

B. del C., tomo XVI. —III. —HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

Prendieron á Leónidas, padre de Orígenes y ciudadano de Alejandría, donde coronó con el martirio una vida santificada por el cumplimiento de todos los deberes de su estado, y especialmente por el esmero extraordinario que puso en la educacion de su hijo. Háblele enseñado la ciencia de la salvacion y las Santas Escrituras con mayor conato que las artes liberales, animándole incesantemente en piadoso ejercicio un espíritu de fé y casi de profecía, previendo los muchos santos y doctores que habian de ser instruidos por aquel prodigioso niño, mucho mas admirable por las bendiciones con que le prevenia la gracia que por sus talentos naturales. Acercábase muchas veces á él cuando dormia, y desnudándole el pecho se lo besaba con un respeto religioso, como á un templo del Espíritu Santo.

Hubiérase presentado el jóven Orígenes á los perseguidores, antes que martirizasen á Leonidas, si sus parientes no le hubiesen detenido; pero cuando su padre fué encadenado, se vió su madre en la precision de quitarle los vestidos para impedirle que saliese de casa, pues no bastaron las súplicas y las caricias. Mas ya que no podia acompañar á su padre en la prision, le escribió una carta llena de los mas sólidos sentimientos de Religion, exhortándole á que solo pensase en la corona que le esperaba en el cielo. «No tengais ningun cuidado de nosotros, le decia, hablando de siete hijos pequeños que iban á ser víctimas de la mayor indigencia, y de los cuales el mayor era el mismo Orígenes, y aun no tenia los diez y siete años: no tengais cuidado de nosotros; el Señor será nuestro patrimonio y nos reputaremos muy dichosos con tener un padre mártir (1).» Cortaron la cabeza á Leonidas, y habiendo sido confiscados sus

(1) Euseb. lib. 4, histor. cap. 1 y 2.

bienes, quedó toda su familia reducida á la mas triste miseria, pero sin descaecer un punto su heróica constancia. Sirvió de albergue á Orígenes la casa de una señora muy rica, que al mismo tiempo hospedaba á un herege, el cual se grangeó en tanto grado el cariño de aquella opulenta devota, que le prohibió. El desgraciado huérfano vivió lo menos que pudo en aquella casa, y en todo el tiempo que moró en ella se abstuvo de todo trato y comunicacion con el valido. Despues abrió una escuela de gramática, á fin de mantenerse sin auxilio ajeno y substraerse á una peligrosa dependencia. Adquirióle en breve tan gran reputacion su talento y sabiduría, que en menos de un año le creyeron capaz de enseñar todo lo mas importante, y reemplazó á Clemente en la escuela de los catecúmenos, á los diez y ocho años de su edad.

El nuevo maestro vendió luego todos sus libros profanos, así para consagrarse enteramente al estudio de la Sagrada Escritura, como para poder sustentarse, habiendo obrado siempre con mucho desinterés en la instruccion de sus discípulos. Obligó al comprador de sus libros á que del valor de ellos le diese cada dia como diez cuartos de nuestra moneda que le bastaban para sostenerse en la vida austera que llevaba. Intentaron sus amigos muchas veces hacerle algunos regalos, dando á sus liberalidades un pretexto para que no pudiese rehusarlas la mas escrupulosa delicadeza; pero siempre los devolvía con muchas muestras de afecto y gratitud. A pesar de esta elevacion de alma y de su amor á la penitencia, era el hombre mas afable y mas humilde; y la suavidad de su trato, no menos que sus talentos, le atraian una prodigiosa multitud de oyentes y partidarios celosos, no solo jóvenes, sino sábios y filósofos, así gentiles como cristianos, y muchos de ellos fueron despues santos ilustres y sufrieron el martirio

en la misma persecucion que principió con el sacrificio de su padre.

Entre los mártires de Alejandria fué muy célebre una jóven esclava de singular hermosura, llamada Potamiana. Habíala denunciado su amo en venganza de que ni por promesas ni por amenazas habia consentido en sus lascivos deseos. El magistrado no se avergonzó de mandar á la virtuosa Potamiana que obedeciese las deshonestas órdenes de su amo, bajo el supuesto de que si se resistia la haría arrojar en una caldera de pez hirviendo, que mandó poner en su presencia á fin de aterrarla. Viendo un suplicio tan horroroso, dijo Potamiana: *No debo escuchar á un juez tan inicuo que me obliga á cometer un delito infame.* Irritado el juez, mandó que la desnudasen para arrojarla en la caldera; pero la casta Potamiana temiendo solo verse desnuda, dijo al tirano: *mandad que me pongan en la caldera con mis vestidos, y vereis cómo el Dios que yo adoro me hace triunfar de todas vuestras crueles invenciones.* Metiéronla con efecto vestida en la pez hirviendo y con tanta lentitud que su suplicio duró tres horas enteras. Sufrió el mismo tormento su madre llamada Marcela.

El soldado Basíledes, uno de los que custodiaban á Potamiana, la habia tratado con mucho respeto y aun habia estorbado los insultos del populacho. Ofrecióle rogar por él luego que estuviese en el cielo; y apenas espiró la Santa, confesó este feliz soldado el nombre de Jesucristo. Al principio juzgaron que se burlaba; pero al fin le condujeron al presidente, quien le mandó poner en prision. Los fieles visitaron á Basíledes, y les dijo que Potamiana le habia convertido, y que se le acababa de aparecer para animarle á la perseverancia. Convirtiéronse tambien otros muchos, á quienes igualmente se apareció esta Santa. Recibió Basíledes el bautismo en la cárcel, y

á la mañana siguiente le cortaron la cabeza. Con el mismo suplicio consiguieron la corona del martirio muchos discípulos de Orígenes, y entre ellos Plutarco y Sereno.

No era menos violenta la persecucion en las demas provincias de Africa, donde dos años antes de la publicacion del edicto habia comenzado por la malicia del procónsul Vitelio Saturnino, de quien se dice fué el primero que empleó la cuchilla en la quinta persecucion; y á quien castigó el cielo ejemplarmente con la pérdida de la vista. Doce cristianos del uno y del otro sexo de la ciudad de Escilita fueron las primeras víctimas de su impiedad. Por su orden fueron conducidos á Cartago y son como las primicias de la sangre cristiana en Africa, ó á lo menos como los mas antiguos mártires que han llegado á nuestra noticia. Sus actas son de las mas auténticas, y están revestidas de todos los caracteres de la santa y venerable antigüedad; y así, para presentar un monumento interesante en este género á la piadosa curiosidad del lector, creemos no poder elegir otro mas á propósito.

Entre estos generosos atletas distinguieronse con especialidad Esperato, Narzal, Citino, Donata, Segunda y Vestina. Habian sostenido ya un interrogatorio, cuando presentados de nuevo á Saturnino, les dijo á todos en general: *«Todavía es tiempo de conseguir el perdón, si quereis tributar vuestros homenajes á los dioses.»* Respondió por todos Esperato: *«No nos reconocemos culpables de crimen alguno contra las leyes, y lejos de hacer mal á nadie, hemos vuelto bien por mal. Los mismos que nos persiguen de muerte, son los primeros por quienes ofrecemos á Dios nuestros votos, porque así lo prescribe la Religion que profesamos.»*—El procónsul le replicó: *«Tambien nosotros tenemos una religion sencilla y racional; juramos por el genio de*

los emperadores; y para su conservacion dirigimos nuestros votos á los dioses del imperio; por tanto es necesario que vosotros hagais lo mismo.»—*«Si quereis cirme, le dijo Esperato, yo os enseñaré en pocas palabras la ley cristiana.»*—*«¿Piensas tú, le replicó entonces Saturnino, que tendré paciencia para dejarte vomitar un torrente de injurias contra nuestros dioses?»*—Y dirigiendo la palabra á todos, *«Jurad, les dijo, cuantos aqui estais, por el genio de los emperadores nuestros soberanos, y asegurad así la vida y todos sus placeres.»*—Respondióle Esperato: *«No conozco el genio de los emperadores de este mundo; pero yo adoro al Espiritu Criador y Omnipotente, que aunque invisible, reina en el cielo y en todo el universo. Ninguna culpa he cometido que merezca el castigo de los magistrados; nunca he injuriado á nadie, ni hay quien pueda formar quejas contra mí. Aunque reconozco por dueño soberano y por primer Emperador de todas las naciones á mi Dios y mi adorable Señor, no deo guardar la fidelidad mas exacta á los príncipes que ha establecido sobre nosotros y les pago con puntualidad los tributos.»*—Volviéndose el procónsul á los compañeros de Esperato, les dijo: *«No sigais el ejemplo de este insensato, antes bien temed á nuestro príncipe y obedeced sus órdenes.»*—Pero Citino le replicó: *«¿Esperais acaso saear de nosotros mejor partido que de Esperato? Nosotros tememos como él al Señor nuestro Dios, y no tememos á otro alguno.»*—Entonces el procónsul mandó encerrarlos en una prision, y que los tuviesen en el cepó hasta el dia siguiente.

Con efecto: al otro dia por la mañana volvieron á ser presentados los mártires á Saturnino, y lisongeándose este de poder persuadir á las mugeres, como mas débiles, las dijo desde lo alto de su tribunal: *«Honrad á nuestro príncipe y sacrificad á los dioses.»*—Res-